

Convengamos en que es preciso sacrificar á Jesucristo cuanto se consagró al mundo; esto es lo que la Magdalena nos enseña el día de hoy con su ejemplo: si la hemos imitado pecadora, imitémosla penitente. Ella fué sensual, idólatra de su cuerpo; estuvo muy alejada de Jesucristo; pero se convierte y se hace humilde, modesta, separada del mundo y adherida constantemente á su divino Maestro. Su penitencia mereció estar escrita en el Evangelio, y su nombre jamas se borrará de la memoria de los hombres. ¡Qué confusión para nosotros si Jesucristo en el día del juicio compara el zelo de esta muger con nuestra tibieza, y pone á un lado lo que ella hizo por él, y lo que nosotros hemos dejado de hacer! Entónces nos dirá. Esta muger dió señales del amor mas tierno, mas sincero y mas activo; nada de lo que sirvió en ella para el pecado, se escapó de su penitencia, mas vosotros nada habeis hecho por mí, toda vuestra conversion se ha reducido á resoluciones ineficaces, y cuando mas á satisfacciones ligeras que no han tenido la mas leve proporcion con el número y enormidad de vuestros pecados. Magdalena recibirá hoy el premio de mi amor, y vosotros el castigo de mi justicia. Evitemos sentencia tan terrible, aprovechándonos del ejemplo de Magdalena; hagamos penitencia de nuestras culpas pasadas, de modo que nos merezca la remision de todas ellas.

Viernes de la semana de Pasion.

En el oficio de la misa de este día nos anuncia la Iglesia de una manera mas expresa la Pasion y la muerte del Salvador, queriendo que nos preparemos para celebrarla los ocho dias que le preceden.

El introito de la misa se tomó del salmo XXX, que es una oracion humilde, afectuosa y llena de confianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y en el riesgo mas inminente de su vida. "Señor, lastímaos y compadeceos de la extremada afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de las manos de mis enemigos, que me persiguen con furor, con el fin de perderme. No padezca yo la confusion de verme abandonado de vos despues de haber invocado vuestro nombre. Siempre he esperado en vos, Señor; haced que no padezca el sonrojo de haber esperado en vano, armaos de vuestra justicia y venid á librame." Ya se ha observado en otras partes que habiéndose aplicado Jesucristo

á sí mismo el versículo VI de este salmo, nos ha declarado con esto que las persecuciones de David eran figuras de las suyas.

La Epístola corresponde perfectamente á este salmo; está compuesta de las palabras del profeta Jeremias, que siendo tambien figura de Jesucristo, pide á Dios lo libre de sus enemigos. Predice en ella tambien que los que abandonaren á Dios serán confundidos, y los que se retiren de él serán escritos sobre el polvo de la tierra, para ser borrados y desechos bien presto.

El profeta Jeremias tuvo orden de Dios para anunciar al pueblo judaico las desdichas que habian de suceder de allí á poco tiempo á la ciudad de Jerusalem y á toda la nacion; queriendo el Señor de este modo obligarlos á que hiciesen penitencia para aplacar la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres, y á este fin les envió un profeta que les advirtiese y predijese los castigos que les amenazaban. Pero se burlaron ó hicieron mofa de la profecía y del profeta. Despues de haber amenazado diversas veces al pueblo su próxima ruina y cautividad, y siempre inútilmente; atacó á los grandes de la corte, á los sacerdotes mismos, y á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivian en una corrupcion tan general, y estaban tan endurecidos en la impiedad, en la idolatría y en todo género de vicios, que la palabra de Dios, intimada por su profeta, no fué recibida de nadie; ántes bien irritándose todos contra el que se las anunciaba, y procuraba moverlos á penitencia para desviar las desdichas de que estaban amenazados, se pusieron y dedicaron á perseguirlo de la manera mas cruel, y formaron desde entónces el designio de perderlo. Pero el profeta nada temia, ni cedió por esto de su empeño. Viendo que no lo querian oír dictó á Baruc, su principal discípulo, todo lo que habia profetizado contra Jerusalem. Esta profecía se la mostraron al rey Joaquin, el cual sobrecogido y asustado de las desdichas que se le anunciaban, rasgó el escrito y lo echó al fuego; pero Dios le mandó al profeta que volviera á escribir las mismas amenazas en otro volumen, y que añadiese todavía otras muchas. Esta santa libertad que le infundió el Espíritu de Dios que lo animaba, lo expuso á las persecuciones mas bárbaras de los judíos. Lo pusieron en la cárcel dos ó tres veces; pero no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías, que sin embargo de su prision echase en cara continuamente á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desdichas que les amenazaban, lo arrojaron á una profunda cisterna llena de cieno, en

donde hubiera perecido, si un etíope, llamado Abdeolec, á quien su mérito habia puesto cerca del rey, no hubiese obtenido de éste permiso para sacarlo. Los de la ciudad de Anatot, lugar de su nacimiento, fueron al parecer los mas atrevidos en perseguirle, amenazándolo con la muerte si profetizaba mas en el nombre del Señor. Mas él nada temia, y yendo á Jerusalem continuó sus funestas predicciones con el mismo zelo que ántes, y dijo á gritos que el templo no defenderia á la ciudad del furor del Señor, el cual la trataria como habia tratado á Siló, añadiendo que la haria la execracion de todos los pueblos de la tierra. Los pontífices y el pueblo habiéndolo oido, se echaron sobre él, diciendo á gritos, que debian hacerlo morir sin la menor dilacion. Se le prendió, fué llevado ante el rey, á quien le pidieron su muerte, diciendo que la habia merecido por haber profetizado contra la ciudad. Juntáronse los senadores para deliberar sobre ello; y habiendo reconocido que todo su delito consistia, no en haber atraido desdicha alguna sobre la ciudad, sino en haber predicho aquellas de que estaba amenazada de parte del Señor, y en haber querido excitar al pueblo á que hiciese penitencia para aplacar á Dios, lo dejaron libre y absuelto de toda pena, á pesar del furor del pueblo y del odio de los sacerdotes.

Léjos de acobardarse á vista de tan injustas persecuciones, y de tan frecuentes é inminentes riesgos, nunca se mostró mas intrépido su celo, sus predicciones fueron en adelante ménos vagas y ménos oscuras. Profetizó que el enojo del Señor iba á estallar sobre Jerusalem, y que el instrumento de que se serviria Dios para castigarla era Nabucodonosor, rey de Babilonia. Estas postreras amenazas, con ser tan precisas, todavía no tuvieron fuerza para ablandar á aquellos corazones endurecidos. Todavía hubiera sido tiempo de aplacar al cielo irritado, si aquel desventurado pueblo hubiera recurrido á la clemencia de Dios y á la penitencia. El suceso verificó á poco tiempo todas estas funestas predicciones. Nabucodonosor se encaminó con su ejército hácia el Jordan, para entrar en la Judea.

Habia al otro lado del rio ciertos solitarios, llamados *Recabitas*, del nombre de Recab, uno de los descendientes de Getro, suegro de Moises. Eran estos unas gentes de una vida muy austera, que nada poseian, y que vivian en todo tiempo en tiendas de campaña; su abstinencia era espantosa, pasaban su vida en cantar alabanzas al Señor, acompañadas siempre de instrumentos músicos. Estando

Nabucodonosor para entrar con su ejército en el pais de estos solitarios, se retiraron todos para ponerse á cubierto de los insultos de los soldados paganos, y habiendo pasado el Jordan vinieron á refugiarse á Jerusalem. Luego que llegaron á la ciudad, queriendo Dios confundir á los judíos con el ejemplo de unas gentes tan exactas y tan rigurosamente sujetas al instituto que su padre les habia prescrito, mandó á Jeremias que los tentara para probar su fidelidad, dándoles á beber vino. El profeta los llevó al templo, y habiéndolos hecho entrar en la sala del tesoro, hizo poner delante de ellos unas tazas llenas de vino, mandándoles que bebiesen. Todos se excusaron diciendo, que habiéndoles mandado su padre Jonodab, hijo de Recab, que jamas bebiesen vino, ni ellos, ni sus hijos, ni sus descendientes; no lo beberian jamas. Entónces Jeremias, sirviéndose de este ejemplo de observancia, hizo ver á los habitadores de Jerusalem como eran inexcusables en violar tan insolentemente los mandamientos de su Dios; y cómo los Recabitas tendrian derecho para levantarse contra ellos y acusarlos en el gran dia de las venganzas. Todas estas sábias representaciones y reconveniones del profeta no hicieron otra cosa que irritar mas á aquel pueblo endurecido. Acercándose Nabucodonosor á Jerusalem, Jeremias fué puesto en la cárcel para impedirle el que fuera á predicar al templo, como tenia de costumbre. En fin, despues de la toma y el saqueo de Jerusalem, despues del cumplimiento de todos los males que les habia predicho Jeremias, aquel pueblo infeliz, léjos de reconocerse y volver de sus desbarros, se apoderó del santo profeta, que no cesaba de echarles en cara sus disoluciones y su idolatría, de suerte que no pudiendo sufrir mas sus justas y saludables reprensiones, lo apedrearon en la ciudad de Tafnes. Durante el fuego de estas persecuciones, hizo á Dios la admirable deprecacion que hace el asunto de la Epístola de este dia. Ninguna cosa es mas visible que la analogía que se encuentra en las persecuciones de Jeremias y las de Jesucristo; el asunto del odio, y los motivos de los perseguidores son muy semejantes; por eso este profeta ha sido mirado en todo lo que padeció de parte de los judíos por la justicia, como figura de Jesucristo en su Pasion.

El Evangelio del dia contiene la sentencia de muerte, por decirlo así, dada en el concilio de los judíos contra el Salvador. La resurreccion de Lázaro era un milagro demasiado pasmoso, para que no hubiera hecho grande impresion en los espiritus. Un número muy

considerable de los que habian sido testigos de él, habian creído en Jesucristo; otros en lugar de rendirse á un milagro tan visible, se endurecieron mas en su incredulidad. Así se ven aun todos los dias gentes endurecerse en el delito y en el error, oyendo ó leyendo lo que convierte á los que tienen un corazon recto, y cuyo espíritu no está fascinado por alguna pasion dominante. Estos judios obstinados, venidos de Betania á Jerusalem, contaron á los fariseos lo que Jesus acababa de hacer, y les dijeron que aquel milagro habia hecho una grande impresion sobre los espíritus, y que aumentaba todos los dias el número de sus discípulos. Este maravilloso suceso asustó y alteró en gran manera la envidia y el odio de los enemigos del Salvador; creyeron que debian juntarse para deliberar, y que no habia que perder tiempo. Túvose la junta; la que se componia de los pontífices, escribas y fariseos. Solo se pensó en buscar medios para oprimir al Salvador, como si el bien que hacia en todas partes hubiese sido un mal público, al que se hubiese debido poner un pronto remedio. ¿Qué hacemos, decian, en qué pensamos? Este hombre hace muchos milagros que lo ponen en gran reputacion, y hacen creer al pueblo que es el Mesias. Si lo dejamos libre, todo el mundo creará en él. Y bien pronto va á ser reconocido por toda la nacion por rey de los judios y por el Salvador prometido á nuestros padres; lo que dará motivo á que los romanos que no pueden sufrir otra dominacion que la suya, vengan á atacarnos como á unos rebeldes, y destruyan nuestra ciudad, nuestro templo y nuestra nacion. Mientras que los fariseos creyeron poder desacreditar los milagros del Salvador, lo atacaron como á un enemigo del verdadero Dios. El dia de hoy, que se ven forzados á reconocer su poder, procuran perseguirle como á enemigo del estado. Así el espíritu de error lo hace servir todo á sus designios para perder á un adversario temible. ¿Pero en qué vinieron á parar todas estas precauciones de la sinagoga? En atraer sobre sí aquel mismo mal que juzgaba evitar deshaciéndose de Jesucristo. Los judios aprehendian que el pueblo elegiria á Jesucristo por rey, y que los romanos tratarian á su nacion como rebelde y la destruirian; pero el delito que este temor imaginario les hace emprender, atrae bien presto sobre toda la nacion la desdicha que ellos hacen semblante de querer evitar.

Despues que se hubo opinado de una y otra parte, Caiás, que presidia el concilio en calidad de sumo pontífice, de que hacia aquel

año las principales funciones, tomando la palabra, les dijo: Vosotros nada sabeis: no veis que es interes nuestro el que un solo hombre muera por todos los otros; y que á no ser que queramos todos perecer, es indispensablemente necesario sacrificar un hombre para salvar á toda la nacion. El Evangelio añade, que no habló así de su cabeza, sino que como era pontífice aquel año, dijo con espíritu profético, que Jesucristo debia morir por la salud de la nacion. ¡Qué admirable es Dios en los medios que emplea para ejecutar sus designios! La pasion y el mismo error sirven aquí, segun sus fines, de órgano á la verdad. Caiás, animado de odio contra Jesucristo, decreta que se le debe dar la muerte para salvar al pueblo; y sus palabras tomadas en el sentido que él las da, nada tienen que no sea falso, pues la muerte de Jesucristo debe en efecto ser seguida de la destruccion de la nacion judaica; pero Caiás es soberano pontífice aquel año, y sus palabras entendidas en el sentido del Espíritu Santo, que en esta ocasion habla por su boca, son el decreto de muerte dado contra Jesucristo por su Padre para la salvacion de los judios y de los gentiles. Resolvióse, pues, en aquel concilio que muriera Jesucristo. No se trató mas de deliberar sobre ello. Solo se pensó en los medios que se habian de emplear para ejecutar la resolucion que habian tomado.

Por mas secreta que fuese la deliberacion, no lo era para aquel á quien nada se puede ocultar; pero como aun no habia llegado el dia que su Padre le habia señalado, no quiso el Salvador comparecer mas en los parages públicos; retiróse en el pais vecino del desierto á una ciudad llamada Efen, y se detuvo allí con sus discípulos. ¡Cosa extraña! Lo que determina á los judios á hacer morir al Salvador, es haber resucitado á un muerto enterrado cuatro dias habia; es decir, porque ha hecho el mayor y mas estupendo milagro. ¡Se le debe hacer morir porque prueba visiblemente con el mas pasmoso de todos los milagros su omnipotencia! La injusticia, la malignidad de la mas furiosa pasion, la impiedad, la irreligion jamas obraron tan de concierto, ni tan al descubierto.

La Epistola es del capítulo XVII del profeta Jeremías.

En aquellos dias: Dijo Jeremías: Señor, todos los que te abandonan quedarán confundidos; los que de tí se alejan en la tierra serán escritos; porque han abandonado al Señor, vena de aguas vivas. Sáname, Señor, y quedará sano; sálvame, y seré salvo; pues que mi

gloria eres tú. He aquí que ellos me están diciendo: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¿Que se cumpla. Mas yo no me he turbado siguiendo tus huellas, ó Pastor mio; pues nunca apetecí día de hombre: tú lo sabes. Lo que anuncié con mis lábios fué recto en tu presencia. No seas para mí motivo de temor, tú, esperanza mía, en el tiempo de aflicción. Confundidos queden los que me persiguen, no quede confundido yo: teman ellos, y no tema yo: envía sobre ellos el día de la aflicción, y castígalos, ó Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XI de San Juan.

En aquel tiempo: Los pontífices y fariseos juntaron consejo contra Jesus, y dijeron: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y la nación. En esto uno de ellos, llamado Caifas, que era el sumo pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no entendéis nada, ni reflexionais que os conviene el que muera un solo hombre por el pueblo, y no perezca toda la nación. Mas esto no lo dijo de propio movimiento, sino que como era el sumo pontífice en aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino tambien para congregar en un cuerpo á los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así desde aquel día no pensaban sino en hallar medio de hacerle morir. Por lo que Jesus ya no se dejaba ver en público entre los judíos, ántes bien se retiró á un territorio vecino al desierto, en la ciudad llamada Efrén, donde moraba con sus discípulos.

FIESTA DE NTRA. SRA. DE LOS DOLORES

QUE SE CELEBRA EN EL VIERNES DE PASION.

En las mas iglesias se celebra este día la fiesta de la compasión de la Santísima Virgen, ó de nuestra Señora de la Piedad, que en algunas otras se conoce bajo el título de nuestra Señora de las Angustias, y bajo el que la celebramos casi todos hoy día, es con el hermoso título de nuestra Señora de los Dolores. El modo afectuoso y tierno con que los Santos Padres hablan de lo que la Santísima Virgen padeció interjormente, durante el curso de la Pasion de Jesucristo, á lo cual llaman ellos la pasion y el martirio de la Santísima Virgen, es una prueba bastante clara de la veneracion singular que los fieles han profesado en todo tiempo á las amarguras de esta divina Madre afligida; las cuales han hecho que la Iglesia le haya dado el glorioso título de *Reina de los Mártires*.

Esta festividad de los Dolores de la Virgen Santísima ha sido celebrada desde el año de 1423, instituida en el concilio de Colonia, para reparar de algun modo con esta grande solemnidad lo que los husitas habian hecho contra el honor y el culto de esta dichosa Madre; contra la cual, á imitacion de todos los hereges, habian vomitado mil blasfemias, especialmente condenando las imágenes de la Santísima Virgen que la representaban con su divino Hijo muerto y puesto en sus brazos despues de descendido de la cruz.

No puede dudarse que la Santísima Virgen tuviese un perfecto conocimiento del misterio de nuestra redencion, desde el instante en que el Salvador se dignó hacerla su querida Madre; como tampoco puede dudarse que conoció todas las circunstancias de que habia de estar acompañada esta grande obra. Habiéndola escogido el Padre Eterno para Madre de su Hijo, la dió sobre este Hijo todos los derechos que puede tener sobre un hijo una madre; y así fué necesario que consintiese en su muerte y en su sacrificio por la salvacion de los hombres; y este es el sacrificio que hizo con su Hijo cuando fué á ofrecerlo ella misma al templo, donde el profeta Simeon le predijo que la pasion del Hijo seria á un mismo tiempo la pasion de la Madre: *y tú misma tendrás el alma traspasada de una espada*; es decir, que sentiria el mas vivo dolor; que los ultrages que se harian al Hijo, serian para la Madre otras tantas puñaladas que le traspasarían el corazon, siendo el dolor mas cruel que la misma muerte; pues si no muere con su divino Hijo, es para morir tantas veces cuantas lo vea padecer. ¡Oh cristiano! Por tu amor consiente María en la muerte de su divino Hijo, y acepta por la salud de los hombres todo lo que la debe costar la pasion y muerte de su muy amado Hijo. Así pues, ¿no será justo que en este día consagrado á la pasion dolorosa de María, la acompañes tú en su dolor, sintiendo él no haber correspondido al amor que te ha manifestado ofreciendo á su Hijo para que te salve? Llorar tus pasados yerros, y con esto le aliviarás en mucho sus penas.

No es posible comprender lo que la Santísima Virgen padeció en todo el tiempo que duró la pasion y muerte del Salvador, y todo esto por la salvacion de los hombres. San Arnaldo de Chartres nos dice: "Que uno mismo era el holocausto de Jesus y de María; los dos se ofrecian á un tiempo, María en la sangre, por decirlo así, que manaba de su corazon, y Jesus en la sangre que corria de todas las venas de su cuerpo. El amor compasivo hacia en el alma de la Ma-

dre, lo que los clavos, los azotes, las espinas y la lanza hacian en el cuerpo adorable de su Hijo. La Madre padeció mas de lo que la flaqueza de su sexo, y las fuerzas de la naturaleza humana podian padecer; porque era mas atormentada de los tormentos de su Hijo, que si ella misma los padeciese; pues amaba mas que á sí misma al que era la causa de sus dolores." San Gerónimo dice, hablando de María Santísima: "Otros fueron mártires muriendo por Jesucristo; pero María lo fué mas que todos, muriendo con Jesucristo." "María," dice Ricardo de San Víctor, "padeció martirio en su corazon, y la espada de dolor que traspasó su alma en la Pasion de su amado Hijo, fué para ella el mas riguroso martirio." "En los otros mártires," dice San Bernardo, "el grande amor que tenían á Dios, era un lenitivo contra el dolor de sus tormentos; pero la Santísima Virgen cuanto más amó, tanto más padeció; aumentándose sus penas á medida de su amor." "El dolor que sintió la Santísima Virgen fué tan grande," dice San Bernardino de Sena, "que si se hubiera repartido entre todas las criaturas capaces de sentimiento, las hubiera causado la muerte á todas." "Vuestro Hijo, Virgen Santísima," exclama San Buenaventura, "padeció en su cuerpo, y vos en vuestra alma; pero todas las llagas esparcidas por su cuerpo, se encuentran unidas en vuestro corazon. ¡Oh suavísimo corazon de María! ¿por qué te has convertido en un abismo de dolores? ¡Qué sentimientos de amor, de veneracion, de sensibilidad y de reconocimiento debo yo tener, considerando á este corazon convertido en un mar de amargura!" Con estos religiosos sentimientos de ternura, de admiracion y de reconocimiento han honrado los Santos las penas, los dolores y la pasion de la Madre del Salvador, y con los mismos, á imitacion suya, debemos honrarlos nosotros. La Santísima Virgen parió sin dolor á su Divino Hijo; pero para ser Madre nuestra pasó por los mas vivos dolores de la pasion y de la muerte de este mismo Hijo. *Muger, mira ahí á tu hijo: ved aquí á tu Madre.* Estas palabras las pronunció el Salvador en el Calvario, clavado en la cruz y casi al espirar: y como San Juan representaba allí á todos los hombres, á todos les dijo el Salvador en la persona de su discípulo, que María era su Madre, y á todos nos mandó que la mirásemos como á tal, y que la honrásemos, la amásemos y la sirviésemos con toda la ternura, confianza y respeto que deben tener á una tal Madre, los que tienen la dicha de ser del número de sus hijos. La Iglesia, siempre atenta á excitar en nosotros los afectos mas

vivos de religiosidad y de ternura, ha dictado en el oficio y misa de esta festividad, cuanto puede coadyuvar á aquel intento: las expresiones mas vivas, los conceptos mas sublimes, los sentimientos mas íntimos, se ven en él obrando de un modo poderoso en nuestros corazones, aquellas afecciones tiernas y sensibles que son propias de los hijos amantes, y que al mismo tiempo recogen nuestros espíritus, y los empeñan en el ejercicio de la virtud y práctica de la penitencia. Ella nos convida á caminar al monte de la mirra, al collado del incienso, haciéndonos ver que el Gólgota sangriento es un altar en que se ofrece la víctima sagrada, en cuyo sacrificio no solo somos interesados por su efecto saludable en nuestra redencion, sino que debemos ser tambien los oferentes; pues Cristo en tanto se ofreció por nosotros, en cuanto era verdadero hombre, hermano nuestro, y no se ofreció sin participacion nuestro, sino en nombre de todos sus hermanos; de manera que se hizo nuestro para que lo ofreciéramos al Padre por la salud de todos. Contempla luego la Iglesia el lastimoso estado de destruccion y aniquilamiento á que los tormentos y la efusion de sangre redujeron á Jesucristo en pocas horas, y la humillacion incomprendible á que se vió abatida la magestad de los cielos y la gloria del enviado de Dios entre los hombres; y afectada vivamente de una catástrofe tan dolorosa, pregunta á la Virgen Madre que se ha hecho aquel Hijo que alegraba sus dias, que embellecia á los cielos, y que apareciendo como un lucero resplandeciente en la noche de este mundo, se llevaba tras sí los ojos y los corazones de los hombres. ¿Dónde se ha ido, le dice, dónde se ha ido tu amado, oh la mas hermosa de todas las mugeres? ¿Dinos dónde se ha ido? ¡Ah, que bastante se conoce que se habla aquí de aquella ida que puede llamarse mudanza en el aspecto, segun lo cual habla dicho Isaías hablando de Cristo en su pasion: "Le vimos, y no tenia figura...; su rostro está como escondido y despreciado; de donde es que ni lo conocimos. La Virgen Madre, vivamente afectada de la pérdida que ha hecho en su Hijo, se lamenta y hace conocer sus incomparables cualidades. "Mi amado, dice, es cándido y rubicundo." En esto nos hace ver que aquel cuya pérdida llora, es su Dios y su Hijo: en lo cándido ó blanco se denota su divinidad: en lo rubicundo ó encarnado, la humanidad que por la encarnacion tomó en el seno de esta su misma Madre adolorida. Mas ella continúa haciéndonos ver que todas las delicias y la gloria que le vinieron en su Hijo muy amado, se han con-

vertido para ella en dolor y amargura. "Mi amado, dice, se ha hecho para mí un hacedillo de mirra, que mora y morará siempre en mi pecho." Baste este corto rasgo para darnos una idea de las bellezas de este oficio y del modo tierno y patético con que se nos proponen los altos y escondidos misterios de la pasión de Cristo y de los dolores de su Madre; de cuyos anuncios abundan los salmos de que se compone.

En la misa se lee la Epístola del libro de Judit al capítulo XIII, donde Ozías, príncipe del pueblo de Israel, bendice al Señor, ensalzando la virtud y el valor de Judit, por el cual había librado á su pueblo exponiendo su vida para evitar la ruina de su nación, y hacer que desapareciesen las tribulaciones que padecía, y con ellas la angustia en que se hallaba. "Bendita tú, le dice, bendita tú, hija del Señor Dios excelso, mas que todas las mugeres de la tierra. Bendito el Señor que erió el cielo y la tierra; porque hoy engrandeció tu nombre, de manera que tu alabanza no se apartará de la boca de los hombres que se acordaren de la virtud de Dios, y por los cuales no perdonaste tu propia alma por las angustias y tribulaciones de tu nación, sino que subveniste á la ruina, exponiéndote para libramos de ella." Nada que mas convenga al esfuerzo de María en el Calvario que el contenido de esta Epístola; pues vemos que con su sacrificio consumió aquella empresa que anunció Dios desde el principio de los tiempos. Yo pondré enemistades, dijo á la serpiente, entre tú y la muger: ella quebrantará tu cabeza. Comenzó en efecto esta obra en la Encarnacion del Divino Verbo en las entrañas de María: existía ya aquella muger admirable, encomendada de tan alta empresa: ya había hollado la cerviz del dragon con su concepcion immaculada: quebrantóla mas con la concepcion y el parto de su Hijo Jesus, Redentor de los siglos, Reparador de la naturaleza humana; pero hoy acaba de rendirla y postrarla por el sacrificio de su Hijo, en que ella toma tanta parte cuanto pudo tomar la verdadera Madre de Jesucristo. Mediante este sacrificio, es ya libre el hombre y canta su victoria, bendiciendo al Señor que así ensalzó la virtud de su Madre, humillando y postrando al infernal Holofernes, á quien cortó la cabeza de la dominacion que se había adquirido sobre los hombres, mediante la idolatría y todos los vicios.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Juan, y nos refiere que estaban junto á la cruz de Jesus su Santísima Madre y María

de Cleofas, prima hermana de la Santísima Virgen, y María Magdalena; y que viendo Jesus á su Madre y al discípulo amado que estaba allí tambien, dijo á su Madre: "Muger, ahí tienes á tu hijo;" y luego dijo al discípulo: "He ahí á tu Madre;" y que desde aquella hora la recibió el discípulo por suya. Insinúase aquí, dice el Padre San Ambrosio, una moral, que resplandeciendo en Jesucristo, se hace una regla para todos nosotros. El Hijo de Dios y de María presta á su Madre los últimos obsequios, y llena toda obligacion de hijo, proveyéndola de otro hijo que la asista y consuele en su orfandad. Ni la agudeza de los dolores, ni los insultos de sus enemigos, ni la congoja de la muerte turban á Jesus para que no cumpla con los deberes de hijo para con su amorosa Madre: en el corazon de ésta queda viva esta fineza para una gratitud perpetua; pues nada pierdo Dios de cuanto emplea en su fervorosísima Madre. Así y con mucha mas razon debe grabarse en nuestra gratitud, pues que esta última voluntad y disposicion testamentaria de nuestro Padre, nos ha dejado la herencia mas rica y el legado mas precioso que pudiéramos apetecer.

Mas por otra parte, ¡cuán dolorosa debió ser para la Santísima Virgen esta disposicion! El Padre San Bernardo, penetrado de dolor, exclama: "¡Verdaderamente atravesó tu alma la espada del dolor, oh Virgen Madre! ¡Por ventura no fué para tí mas penetrante que una espada aquella palabra que pasando de parte á parte tu alma, llegó á tocar hasta la division del alma y del espíritu: Muger, ahí tienes á tu hijo! ¡Oh sustitucion! ¡Se te da á Juan por Jesus; al siervo por el Señor; al discípulo por el Maestro; al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios; al hombre puro por el Dios verdadero! ¡Cómo no había de atravesar tu alma esta palabra, cuando solo su consideracion hace pedazos de dolor nuestros pechos de bronce?" Así se explica S. Bernardo, y así debe explicarse toda alma devota de María: la que fuere insensible á los padecimientos de esta su tierna Madre, debe temblar de su futura suerte. ¡Ah! ¡cómo puede prometerse ser participante de sus gozos en la patria la que no participa de sus dolores en la tierra? ¡No suceda á nosotros tal desgracia! Si la tibieza, si la disipacion, si el espíritu del mundo, si algun pecado oculto nos ha traído la insensibilidad, tratemos del remedio, emendemos el daño, corrijamos el vicio, y procuremos que nuestro corazon tome la parte que debe y puede en los dolores de María.

La Epístola es del capítulo XIII del libro de Judit.

El Señor ha derramado sobre tí sus bendiciones comunicándote su poder; pues por medio de tí ha aniquilado á nuestros enemigos. Bendita eres del Señor Dios Altísimo, tú, ó hija, sobre todas las mugeres de la tierra: Bendito sea el Señor creador del cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza del candillo de nuestros enemigos: porque hoy ha hecho tan célebre tu nombre, que no cesarán jamas de publicar tus alabanzas cuantos conservaren en los venideros la memoria de los prodigios del Señor; pues no has temido exponer tu vida por tu pueblo, viendo las angustias y la tribulacion de tu gente, sino que has acudido á Dios para impedir su ruina.

El Evangelio es del capítulo XIX de San Juan.

En aquel tiempo: Estaban junto á la cruz de Jesus, su Madre, y la hermana de su madre, María Cleofas y María Magdalena. Habiendo mirado pues Jesus á su Madre y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dice á su Madre: Muger, ahí tienes á tu hijo. Despues dice al discípulo: Ahí tienes á tu Madre. Y desde aquel punto la recibió por suya.

MEDITACION.

Sobre la grandeza de los dolores de nuestra Señora.

Considera que los dolores de la Santísima Virgen en la pasion de su Divino Hijo Jesucristo, se comparan al mar, porque solo su inmensidad puede servir de término de comparacion para hacernos conocer en algun modo la grandeza de la pasion de Maria. Los santos padres son de sentir que hubiera muerto por la intensidad de su dolor, si no hubiera sido sostenida por la virtud del Altísimo. El padre San Bernardo llama martirio á los dolores de Maria; dice que fué mártir en el corazon y en el alma, y la predica mas que mártir y reina de los mártires. Siglos y siglos han corrido sobre la tierra, y aquella pregunta del Profeta relativa á los dolores de Jesus y de Maria no ha tenido respuesta: *¡Oh vosotros los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!* Pregunta es esta dirigida á los hombres todos que viniendo á este mundo han hecho el viage de su vida mortal, padeciendo y sufriendo

do cuantas calamidades, cuantos dolores y amarguras ha atraído sobre los hombres el pecado de Adán, y les ha hecho sufrir la ira de Dios Omnipotente: aquí los huérfanos y las viudas: aquí los enfermos y los moribundos: aquí los perseguidos y encarcelados; aquí los que devora la miseria y consume el hambre; aquí los que postra la espada en la campaña ó devora el incendio en las ciudades; aquí el misero náufrago sepultado en los abismos del piélago profundo ó devorado por el monstruo marino; aquí el que vuela la explosion de una nave ó derrite y sepulta la lava volcánica. ¿Para qué es cansarnos? Cierito es que todos estos y cuantos padecen tribulaciones en la tierra, con tanto padecer no han padecido una mínima parte de lo que padeció la inocente Maria en el Calvario. Esta pregunta, pues, no ha tenido respuesta, ni la tendrá en todos los siglos; porque en efecto, no hay ni puede hallarse dolor semejante al dolor de Maria. Por tanto dice la alvida Madre: ¡Ah, dejadme, dejadme: el llanto es mi único recurso: no querais empenaros en darme algun consuelo; porque mi dolor es tal, que no puede templarse en modo alguno.

Considera que la viveza é intensidad del dolor de Maria solo puede medirse por su amor; si bien este es tan grande y tan desconocido para nosotros, que aun por esta vía hallamos su dolor incomprendible. Era menester que supiéramos lo que es tener á Dios por hijo, y juntarse en uno el amor de madre á hijo y de una alma llena de inmensa gracia y caridad á su Dios amantísimo: era menester que supiéramos cómo sienten una alma y un corazon que jamas han estado en la desgracia de su Dios, que han sido dotadas de las virtudes mas sublimes y de los sentimientos mas nobles y mas finos; que están poseidos y penetrados hasta lo mas íntimo de un amor ardentísimo, sobremanera tierno y afectuoso, y sin ninguna de aquellas deformidades é inconvenientes que se encuentran en el amor de las criaturas. Era menester por último saber cómo siente una madre de estas prendas y cualidades, que ve á su hijo inocente hecho el blanco del furor y la rabia de sus encarnizados enemigos, que tumultúan contra él, piden su muerte á voces, y como leones embravecidos se arrojan sobre él, lo bañan en su sangre, despedazan sus carnes, lo insultan, lo escarnean, lo clavan en un leño entre facinerosos, para que muera lleno de afrentas, lleno de amarguras, penetrado hasta lo íntimo de agudísimos dolores, y en tal desolacion y desamparo, que ni del cielo ni de la tierra prueba con-

suelo ni lenitivo alguno, ¿y tú le ves, oh Madre! ¿Tú le encuentras caminando al suplicio, cargando sobre sus hombros el afrentoso madero en que ha de dar su espíritu? ¿Tú le miras colgado, vertiendo sangre, de sus heridas, estremeciéndose por la agudeza del dolor, y entre las convulsiones, el frío y la palidez de la muerte, proveyéndote de un hijo que te asista y te cuide en tu orfandad? ¿Tú le ves, tú le escuchas, y no mueres? ¡Ah, que en no morir consiste tu muerte; porque de tu Hijo Santísimo y de tí estaba escrito que sus dolores y los tuyos eran dolores de infierno; de donde es que á semejanza de estos se alimenta tu vida de tu mismo dolor, para que mas padezcas y padezcas sin fin!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿De qué manera, adorada Madre, podré corresponder al amor que me muestras padeciendo por mí? ¡Ah, yo subiré á ese monte de la mirra, á ese collado del incienso, donde intrépida ofreces al Eterno la víctima sangrienta de tu Hijo; donde la espada de la justicia divina que devoró la víctima sagrada, de parte á parte atraviesa tu alma. Yo subiré ya con el derecho de hijo tuyo, hijo de tus dolores, á costa de los cuales me has dado á luz; pero no subiré á aumentar tus dolores con mi insensibilidad é impenitencia; sino á llorar contigo, á llorar mis pecados, á que me participes de tus penas, que me laves y esmaltes con la sangre de tu Hijo, me apliques á sus llagas, y hagas correr sobre mi rostro y hasta mi corazón las tiernas lágrimas que derraman tus ojos maternales.

JACULATORIA.

Ea, Madre, fuente del amor, hazme sentir la fuerza del dolor para que llore contigo.

LECCION.

Sobre los dolores de Nuestra Señora.

Consta del Evangelio que la Santísima Virgen María asistió á la pasion de su Hijo divino en el Calvario. Expresamente lo dice el evangelista San Juan por estas palabras: "Estaba junto á la cruz de Jesus su Madre, &c." En estas cortas palabras nos describe el evangelista, en solo un rasgo valiente, todo un misterio, todo el amor de una madre, y toda la virtud de una hija del Altísimo.

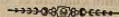
Porque, en primer lugar, vemos que al asistir María al sacrificio de su Hijo, no es solo al impulso del amor materno, sino que envuelve un misterio de mucha gloria para Dios, y gran provecho nuestro. Es de fé que solo Cristo pudo redimirnos, y que solo él nos redimió en efecto sin necesitar de ayuda ó cooperacion de criatura alguna, aun de su misma Madre; y que su sacrificio fué no solo suficiente, sino superabundantísimo para redimir á todo el linage de Adán, en sus dos sexos, hombres y mugeres, como en efecto así se hizo. Sin embargo, el Hijo de Dios, que se habia hecho hombre en el vientre de María, quiso que esta su Madre sacratísima tuviese parte en su pasion, de manera que sin recibir lesion alguna en su cuerpo santísimo, sintiese y padeciese en su corazón maternal, y con toda la plenitud que pudo darse en su capacidad extraordinaria, todo lo que él padecía sensiblemente en su cuerpo; y por la comunicacion de sus almas y de sus corazones, lo que él padecía en su interior, con todo lo que le alcanzaba en su deshonra, en su pobreza, en su desamparo. Cierto es que en la misma pasion de su Hijo era redimida María, pues por la prevision de la muerte de su Hijo fué preservada del pecado original, y libre de toda mancha; mas esto no quita que logrando el fruto de su propia salud, cooperase á la nuestra, no por necesidad, sino por la excelencia y grandezza del amor de Cristo y de María para con nosotros, que obligó al Señor á proveernos en ella de una Madre que reparase los daños que nos infirió nuestra primera madre Eva. Hizolo en efecto María por el fruto de su vientre Cristo Jesus; pero quiso ademas, conformándose con la disposicion de su Hijo, tener parte en su sacrificio, pagando en cierto modo con sus dolores, la pena que Eva merecia; de donde es que en esta hora, en este sacrificio, al pié mismo del árbol de la cruz en que iba á expirar su Hijo, recogiese María con sus dolores los hijos que Eva entregó á la perdicion con su pecado; sin que por esto digamos que la satisfaccion de Cristo no fuese sola y única la que pagó la deuda de Adán y Eva, y de todos sus hijos; sino solo por la sobre abundancia de su amor generoso, liberal y magnífico que quiso darnos en el sacrificio de su Madre una muestra patente de que nada reservó, esto es, que nada tuvo que no sacrificase por nosotros. He aquí una razon poderosa para que la esforzada María estuviese en pie junto á la cruz de su Hijo, sin huir de un sitio tan doloroso, ni buscar desahogo ó lenitivo alguno que

en algo templase la acerbidad de sus dolores, ó minorase el mérito de su sacrificio.

No convenia ménos á la fineza de su amor materno, que era tal, que no le permitia huir ó estar lejos de su unigénito; razon porque llega animosa hasta la cruz, y ya que no puede socorrerlo en modo alguno, ni disminuir su pena, se acerca cuanto puede, lo mira, lo contempla, le habla con el corazon, y se conserva atenta á quanto pasa á su Hijo en aquellas tres horas de dolor y de penas incomprendibles. ¡Oh, y quien podrá contemplar lo que pasa en los corazones de Jesus y de María en esta hora tristisima! Jesus tiene patentes todas las penas de su adolorida Madre; registra sus pensamientos y sus afectos todos; y María, absorta en lo que su Hijo padece, contempla principalmente lo que siente su corazon, y se engolfa del todo en el inmenso mar de su pasion interior. ¡Ah, que ella corre con su Hijo una misma borrasca! Vine, le dice con el profeta, vine á la altura del mar, y la tempestad me sumergió. ¡Ni cómo podia ser de otra manera cuando no podia darse entre María y Jesus, no solo indiferencia, mas ni el menor resfrio en el amor inmenso con que se aman: amor que en este trance se convierte en dolor; pues no teniendo nada de lo que puede consolar ó recrear al corazon amante, toda su actividad, toda su fuerza está en sentir las penas de su amado.

Suben estas de punto en la situacion de María, por lo que debe á la perfeccion de su virtud en la plena y consumada conformidad que esta le exige con las disposiciones del Altísimo. Esta conformidad hace que María apruebe el sacrificio de su Hijo, que preste su consentimiento y suscriba los decretos eternos que él cumple en su pasion y muerte. He aquí otra razon poderosa para la firmeza y constancia con que la adolorida Madre se mantiene en pié junto á la cruz de su Hijo. ¡Nuevo tormento! ¡nuevo sacrificio! que el corazon que mas siente sea el mas esforzado para superar sus dolores, y hallarse tan resignado en la disposicion divina, que si esta hubiese sido que ella misma, como otro Abraham, sacrificase á su Hijo aun del modo mas cruento y doloroso, lo hubiera ejecutado sin vacilar un punto, dicen los padres de la Iglesia. He aquí, como la Virgen Madre de Dios, se halló tambien en el Calvario como ministro del sacrificio de su Hijo. No por esto faltaba en lo mas mínimo al amor que le debía, pues el amor que nos viene de Dios y produce la gracia y la virtud, es un amor sábio, que prefiere la gloria

de Dios y la obediencia á su voluntad santísima á cualquiera otra consideracion; de donde es que así como Dios Padre amando á su Hijo lo dió á los hombres para que con su Pasion y muerte los redimiese, así María amando á este mismo Hijo suyo, de quien es verdadera Madre, nos le dió plenamente para que padeciese y muriese por nosotros. ¡Oh! no sea en vano, Santísima María, no sea en vano para nosotros tu doloroso sacrificio, ni desaprovechemos el ejemplo que nos da en el Calvario tu incomparable virtud. Haz, Virgen Santa, que los que así contemplamos y veneramos tus dolores, participemos de la gloria inefable y sumo gozo que por ellos disfrutas en la patria.



Sábado de la Semana de Pasion.

ESTE Sábado se contó por mucho tiempo en el número de los dias vacantes, por no tener oficio particular, sobre todo en la Iglesia de Roma. Era la causa que el papa se hallaba todo el dia ocupado en la distribucion de limosnas, que le impedian aplicarse á la estacion de los fieles y á los oficios. Por ministerio del papa se repartía el pan fermentado en el palacio de Letran que habitaba, y los limosnas de toda especie en el Vaticano á los pobres y á los extranjeros que concurrían en gran número, y asimismo á los enfermos y necesitados vergonzantes de todos los cuarteles de la ciudad.

En el lugar destinado para estas segundas distribuciones, habia una fuente de agua que se llamaba la Fonte Sabática, en la cual el papa lavaba en este dia los piés á los pobres que recibían de su mano la limosna, y se hacia esta ceremonia para honrar la memoria de lo que hizo la Magdalena cuando derramó el bálsamo sobre los piés del Salvador, y tambien para aligerar las atenciones del Juéves Santo, entre cuyas ceremonias está la de lavar los piés, como lo hizo Jesus con sus discípulos la víspera de su muerte. Los escritores han juzgado diversamente acerca de la inteligencia del pan fermentado que se distribuía en el palacio de Letran.

No se dió oficio propio á este Sábado hasta el siglo XII. Hubo tambien su variedad tomándose en unas iglesias varias partes del oficio del Miércoles precedente, en otras el del Juéves, y en algunas se contentaban con repetir el del Viénes precedente, hasta que se fijó el que se notará en las partes de esta historia.